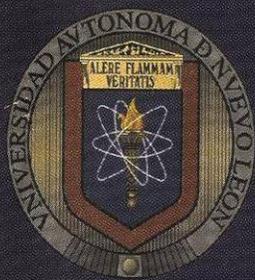


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2005



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición 32

enamoradas que en el amor encarnan lo divino". De ahí la belleza de los poemas. Se trata más bien de celebraciones complejas desde la sencillez en que nombran el amor, la conjunción de éste con los astros, con la naturaleza.

De las "Coplas al gusto popular de Fernando Pessoa" no hay más que decir: bellísimas, certeras, siempre atinando desde la vista del testigo de la hondura que viene a ser el poeta:

La vida es un hospital
donde casi todo falta.
Por eso nadie se cura
y morir es dárse de alta.

Leamos por último esta estrofa, tan afín a nuestro momento, a ese consumismo propiciado donde todo se vende, sin que el amor esté etiquetado entre la oferta disponible:

Todo quisieras comprar,
nada más porque lo viste.
Tengo ganas de llorar:
yo sólo compro estar triste.

Magnífico trabajo el de Zaid con las versiones que nos ofrece y es de elogiarse esta empresa en la que, a través de su voz, reverberan las voces de la eternidad.

LA PASIÓN COMO REVELACIÓN DEL MUNDO

Dr. José Javier Villarreal*
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Nuevo León

I

Ezra Pound al final de su vida, parafraseando el "Eclesiastés", afirmó que había un tiempo para hablar y un tiempo para callar. El "Eclesiastés" dice: "Tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar."¹

Octavio Paz (Ciudad de México, 1914-1998), al inicio de su ser lo que es, entre 1930 y 1943, se dio a la tarea de afinar el canto y preparar el terreno para la cosecha futura. Su infatigable curiosidad, como aconsejara Rilke, fue sometida al proceso, tanto sentimental como intelectual, de la educación. Su poesía y su quehacer ensayístico, en estrecho diálogo ya desde entonces, dieron testimonio de esta culta curiosidad que se afanaba en la búsqueda no tanto de las posibles respuestas como sí de los misterios fundamentales. Misterios que habrían de solventar su discurso poético, su

* José Javier Villarreal (Tijuana, 1959) es licenciado en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León, Master of Fine Arts por la Universidad de Texas en El Paso, y Doctor por El Colegio de Michoacán. Es autor de una obra poética, ensayística y de traducción. En 1997 publicó *Los fantasmas de la pasión*, ensayos sobre poesía mexicana, y en el 2003 *Fábula*, su más reciente libro de poesía. Ha traducido a Ezra Pound, Manuel Bandeira y Oswald de Andrade. En 1987 recibió el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes y en 1991 el Premio a las Artes de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

¹ *La Biblia del Oso. Libros Proféticos y Sapienciales*, según la traducción de Casiodoro de Reina, publicada en Basilea en el año 1569, edición de Gonzalo Flor Serrano, Ediciones Alfabuara, Madrid, 1987, p. 345.

naturaleza lírica.

“La vocación –apunta Paz– nos llama a ser lo que somos a través de algo distinto de lo que somos: obras, objetos, ideas, actos. Lo interior se transforma en lo exterior.”² Su vocación se manifestó en un hacer imperioso que obedecía a un *logos* primordial que escapaba –sin desdén alguno– del marco puramente racional. Paz no buscaba entender sino comprender. ¿Quién no es un romántico? El no fue la excepción. El ímpetu de su empresa incluyó la transformación del mundo (“Cambiar al mundo es devolverle su fertilidad.”³ Escribía en 1939). La pasión, en su continua ebullición creadora, transmutaba lo interior en exterior.

Un poema no se entiende, se comprende. Comprender es partir, iniciar un movimiento, una acción del pensamiento y la emoción que construya y pueble. Lo importante, nos dice Valéry, no es el texto poético, sino el estadio poético que provoque éste en el lector. El grado de comprensión que se logre establecer, la comunión conseguida, la posibilidad de leerse en el poema, de ser un inspirado. Paz intentó comprender al mundo. Su lectura lo llevó a la *poësis*. Su fuerza fue la pasión; su misión, la reescritura del mundo; su coartada, la inteligencia; su devoción, la mujer. “La mujer –diría en 1935– es la forma visible del mundo.”⁴ Y su don: la poesía, el canto, el lenguaje arrasado por la pasión.

La delirante embriaguez de su ya estar siendo a través de su hacer lo condujo al vértigo de la creación, de aquello que se hace con arte e inteligencia. Ya que una obra, en palabras de Pierre Reverdy, significa la vida de un hombre. En este sentido Paz fue un romántico, un protagonista de su tiempo en incesante crecimiento, una expansión directamente proporcional a su voluntad creativa, a su tremenda capacidad de edificación. Su hacer evidenciaba un impulso que igual se asía del ritmo, en el verso, que del desfibramiento de las ideas, en la reflexión. Fueron éstos, años difíciles pero sumamente reveladores. Difíciles porque el tiempo de romper se imponía como condición única y valedera para acceder al tiempo de coser. Paz se presentaba, exhibía un tono que iría buscando su propia retórica, el estilo que le permitiría alcanzar su expresión individual. Fueron años reveladores también, porque ese coser fue encarar y asumir una actitud vital ávida de conocimiento y rica en pactos poundianos.

² Octavio Paz, *Miscelánea I Primeros escritos (Obras completas Tomo 13)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, p. 15.

³ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 154.

⁴ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 141.

Pactos que iría estableciendo, al paso de los años, por los cuatro puntos cardinales haciendo caso omiso tanto de la lengua como de la temporalidad de sus interlocutores. La literatura, el arte y el pensamiento le competían. Como a Terencio, nada de lo humano le era ajeno.

Los encuentros y hallazgos se sucedían. El diálogo se volvió denso y abigarrado. La cultivada curiosidad dio paso a la urgente pesquisa del artista. Las necesidades del alma fueron las necesidades del intelecto. La empresa creativa se hizo acompañar de la reflexión, y de la reflexión se volvía al verso tendiendo así una red, un sistema de conocimiento que integraba las razones del corazón con las del intelecto. Pero las necesidades del alma y las del intelecto también fueron las necesidades del cuerpo. La sexualidad fue la forma de aprehensión de la realidad. El erotismo, con el paso del tiempo, sería la forma de imaginarla. Este sistema de conocimiento, cuya condición primordial era el hacer a partir de la comprensión, ubicaba el *logos* poético en esa zona que María Zambrano ha definido como lo principado. El movimiento hacia el conocimiento no se desplazaba horizontalmente, sino que su ebullición obligó siempre al plano vertical, al relámpago del hallazgo. Esta concentración exigía una enorme plataforma de trabajo, la necesidad de inventar una tradición lo suficientemente amplia y rica para apuntalar un proyecto de creación y de pensamiento igualmente ambicioso. Ser moderno significó para Octavio Paz ser la suma de una memoria crítica y generadora, pero también el compromiso de ser un nuevo sumando en una adición placentaria que crece y se multiplica día con día. Un incesante movimiento, una energía que hemos convenido en llamar cultura. Expresión última y fundamental de nuestro estar en el mundo.

La efervescencia formal –forma es fondo– en las artes de principios de siglo alcanzaba, mojaba y condicionaba todo intento de quehacer estético. La guerra civil española fracturaba un origen y la segunda gran guerra dividía al mundo. La tensión entre el estilo, al que obligaba el momento histórico, y la expresión, buscada en base a una experiencia individual, se agudizaba a tal grado que coloreaba con Escilas y Caribdis el proceloso ponto del quehacer artístico e intelectual. Estos monstruos no sólo asolaban el medio literario sino que creaban royentes problemas de conciencia. El compromiso del artista se contabilizaba en una postura ideológica con respecto al contexto político inmediato que lo rodeaba. De entre estas trampas de la fe habría de surgir una de las voces fundamentales

de la segunda mitad del siglo XX. Frente a estas embestidas Paz añadió a su sistema de conocimiento —de lectura del mundo— el sentido de la ética y, con él, el compromiso del ejercicio de la libertad. Ponderó el derecho a la crítica. La crítica como esencia indiscutible de lo moderno. El tiempo de hablar había llegado, la obra estaba en marcha. El tiempo de callar en Octavio Paz fue un permanente acecho que reforzó su proyecto de creación; fue la pausa, la cesura indispensable al canto, la calma que antecede a la tormenta, el tiempo de lectura y recogimiento que se adivina en la obra conseguida. Sus textos de juventud son el testimonio de lo antes dicho.

II

Una voz poderosa que, como una suerte de belicoso arcángel de la guarda —por aquello de la flamígera espada—, me acompaña desde hace años, es la de Octavio Paz. Sin duda, junto con Alfonso Reyes, uno de los más frondosos árboles que vio florecer la literatura mexicana del siglo XX. De una o de otra manera, en un tiempo o en otro y en encontradas direcciones la “infame turba de nocturnas aves” que atreve, en nuestro país, no sólo el quehacer poético, sino también el cultivo de la inteligencia analítica, y la reflexión que se desprende del ejercicio de la misma, ha descansado en sus siempre dadoras y reveladoras ramas.

Poemas, ensayos, traducciones, prosas. Una obra —la suya— que parte del presupuesto de la pasión. Que se alimenta con el impulso cordial del romanticismo más pleno; aquél que de la rebeldía hace el camino para llegar a la revelación. La revelación como punto culminante, como instante detenido en la fijeza que se desdobra en hervoroso movimiento. Rotación epifánica que no cesa y obedece a un *anima mundi*, a una contemplación que en su pasividad prepara el asalto, la revolución, la transgresión del contemplativo, la imaginación del apasionado: la conciencia del mundo. El mundo como un gran texto para ser leído.

Porque la realidad es aquella que posee expresión. Fuera de la expresión no hay realidad. Hasta el silencio que, en teoría, es la negación de la expresión, es expresión, y no siempre de una negación.

Esta *genius machina* de la expresión parte del encantamiento, de las fuerzas desatadas e ingobernables de la imaginación que van dándole forma a la materia que nos rodea, que la vuelven tangible: realidad sensible. El lenguaje, que es la musa, se enamora en extremo de aquella porción del

texto que es la realidad cantada. La poesía, la erótica del lenguaje, sería el testimonio de la lectura que ha llevado a cabo el poeta de esa realidad cantada, padecida y percibida por los sentidos, la imaginación y la razón en particulares e irrepitibles dosis. Ya que un poema es un acontecimiento único cuyo fin descansa en sí mismo. Nos acompaña, nos permite leernos y llegar a ser aquello que somos. Es decir, a reconocernos. Pero es tan unitario que en su fuerza no admite debilidad alguna. Un poema al ser mutilado o trastocado no se debilita, sencillamente desaparece, deja de ser. O como dijera César Vallejo: muere.

Octavio Paz, en *El mono gramático*, nos ofrece un testimonio límite de una realidad discursiva que se regodea en sus poderes presentificadores, tanto de seducción como de sugestión. La realidad como un enorme pentagrama donde la sinfonía de su expresión ya se encuentra escrita. La naturaleza, y el hombre junto con ella, como un enorme libro que exige ser leído: ejecutado. Una realidad que lejos de verse, se lee y contempla; como se contempla aquello que se lee.

Los senderos que sigue la voluntad creativa, en *El mono gramático*, parten de una sensorialidad sumamente receptiva expuesta a un paseo que irradia una *poiësis* aguda y expansiva. Una gana de registrar aquello que se percibe por los misteriosos canales de una sensibilidad lírica. De un magma desbordado que la voz poética expone gracias a una realidad imaginada que nos rodea y trasciende. Una realidad que destila signos e imágenes que nos vulneran, destrozan y rehacen.

Ante tal fuerza desatada, ante tal sustancia abrasiva, el poeta antepone el dique del poema. El poema es el recipiente, como cantara José Gorostiza, que contiene y da forma a la materia poética que la realidad sensible ostenta y hace correr, y que amenaza, como el canto de las sirenas, con subyugarnos y destruirnos. Pienso en Rilke cuando escribe que lo bello es apenas lo soportable de lo terrible. Y en esta frontera entre lo bello y lo terrible, donde los grados se miden por la vida de un hombre, que es decir, su obra, se encuentra *El mono gramático*. Octavio Paz se la juega por caminos poco transitados por la lírica de su tiempo. No se trata ni de un poema en prosa, ni de un libro de prosas poéticas. Se trata de la ejecución de una larga sinfonía que al ser tocada encuentra sus propias formas de expresión, funda su necesaria e inequívoca respiración. Los textos de este libro son contenedores de una poderosa fuerza sexual que amenaza

constantemente. Que irrumpe desde la forma misma. Si el tema en un poema es lo de menos; en *El mono gramático* se confunde con la porción de realidad que crea y revela. Estamos más allá. Nos encontramos en la otra orilla. En una realidad pletórica de expresión.

Pero esta realidad imaginada, que se va levantando a medida que la leemos en el texto y que la contemplamos y sentimos en nosotros mismos, nos envuelve en una apabullante sexualidad. Los cuerpos entrelazados se vuelven ramas de una arboleda que no deja nunca de moverse y trenzarse en una duermevela de estricto orden sexual, ya que "despiertos los sentidos aunque el espíritu dormido, se hacían el amor las unas a las otras o; solitarias".⁵ Atmósfera que nos sorprende estableciendo, paradójicamente, una distancia que nos preserva de caer en su espeso y hedónico follaje, pero que a la vez nos excita e invita, nos vuelve cómplices de aquello que sentimos gracias a los hilos votivos que desprende el texto. Es decir, la realidad que se expresa incesantemente a través de nosotros mismos. Una realidad sexual que impone sus condiciones de seducción por medio de nuestros sentidos vulnerados por su incontenible imperio metafórico. Si la realidad es expresión, la expresión es forma. Materia en perenne movimiento. Creación y destrucción *ad infinitum*.

Pero este orgiástico movimiento se detiene y se vuelve luz, isla, faro que ilumina los rostros del deseo en el cuerpo de la amada.

Ante la tempestad golosa de una realidad desbordada y pletórica de sexualidad, donde el follaje y el movimiento establecen una danza de ritmo lascivo; el detenimiento, el apartamiento, la reclusión de los cuerpos que, en esa floresta plural y salvaje, se han reconocido el uno en el otro como suerte de espejos encontrados creando así el espacio magnético y sagrado de lo erótico. De la bulliciosa y anónima fiesta de los sentidos al claustro de la imaginación y de los nombres. La pareja se ha apartado y refugiado en un espacio cerrado que potencia la desnudez de los cuerpos, subraya la carga de las miradas, las hambres y procesiones que los sentidos realizan por el sinuoso y fragmentario cuerpo del deseo. Pero no sólo eso. También está en juego la complicidad que establecemos nosotros, los lectores, con la pareja. Misma que corre en sentido contrario, ya que la pareja también establece su relación con nosotros. Y de esta relación, de este padecimiento, que acusa la pasión de los sentidos en clara armonía con el sentido interno de la imaginación, surge el abrazo de la comprensión, no

⁵ Octavio Paz, *El mono gramático*, Seix Barral, México, 1975, p. 58.

del entendimiento, sino de lo erótico, del *eros*, del amor. Y sin amor no hay erotismo y éste es un instante que niega la temporalidad del tiempo para crear su propio espacio detenido sobre la llama del incesante movimiento. "El cuarto está totalmente iluminado. El hombre se levanta y camina de un lado para otro, ligeramente encorvado y como si hablase a solas. Su sombra inclinada parece buscar en la superficie del muro —lisa, parpadeante y desierta: agua vacía— los restos de la desaparecida."⁶ El milagro se ha consumado, por un instante hemos habitado el paraíso. No nos resta más que imaginar y nombrar aquello que hemos sentido, darle nombre a lo que no lo tenía o, mejor aún, crear aquello que no existía. En cualquiera de los casos estamos apelando a la poesía, ya que todo poema es un acto de amor y sin amor no hay erotismo. De aquí podríamos concluir que todo acto que se califique de erótico es un acto poético. De ahí que la poesía, para Octavio Paz, sea la erótica del lenguaje. El lenguaje imaginando, recobrando su libertad creativa, su categoría sagrada, su rango de musa, de intermediario entre los dioses y los hombres.

Gracias a este lenguaje recobrado en su primigenia categoría sagrada, que Borges calificara de mágica, es como Octavio Paz atreve a leer el libro abierto del mundo, y en él descubre una gramática sexual que se confunde con el lenguaje de los dioses. Ante tal desmesura lo humano responde con su superflua grandeza. Su huella, su impronta: la poesía, la erótica del lenguaje que, a su vez, erotiza siempre aquello que toca, trastoca e imagina.

III

Paz es una presencia necesaria que igual recarga como establece las infinitas posibilidades del ver y el comprender. Atrincherado en las líneas de la inteligencia revela lo cantado, o canta lo revelado. Su discurso poético se levanta en la pluralidad que lo integra. La diversidad en Paz es sustancia, enérgico fluido donde confluye la suma de lo evocado, la meticulosidad de la vigilia. Y en este permanente estado de alerta el mundo se extraña, y al ser enrarecido por el lente de la atención, de la minuciosidad, éste —el mundo— vuelve a recobrase, a reconocerse.

Este enrarecimiento, este llevarnos a otra parte, demanda una incomodidad constante, permanente; un estar en *resistencia*, tanto espacial

⁶ Octavio Paz, *El mono gramático*, *op. cit.*, pp. 65-66.

como temporal. En este sentido la urgencia de abrir puertas y recorrer pasillos, de entablar diálogos, discusiones, complicidades y, también, divergencias con todo aquello que nos precede y acompaña, se impone como impostergable. Paz, a través de su obra, ha sostenido un enfrentamiento lumínico con la literatura, el arte y el pensamiento. Su belicosidad descansa en la expiación de la gracia, en el compromiso ético de entregar a los hombres aquello que los dioses han otorgado. Compromiso que el poeta mantuvo a lo largo de su obra.

Exponerse a la tensión de lo mítico es realizar el rito de ofrendarse a sí mismo, de construirse al construir, de no renunciar a la conflictiva relación entre el alma y el cuerpo, entre la razón y el sentimiento. En este vértigo Octavio Paz ha puesto a bailar algo más que a las palabras. Ha expuesto el orgullo, la vanidad, el amor, la pasión; su pasión retórica que soporta el enjambre todo. Esa potencia que lo hace ir más allá, descubrir territorios, reinos por conquistar. Pero toda aventura encierra riesgos. Paz los ha encarado. Podríamos decir que su quehacer poético se ha desarrollado de frente al peligro, de cara a los monstruos estableciendo puentes, trazando rutas que salven el escollo sin desconocerlo, pero sí preocupado por fundar el puerto a donde llegar. Así, la cartografía del autor se extasía y duele en la celebración de su extensión. Estamos allí recorriendo mundos, mundos que no sólo son nuestros, sino que nos conforman y revelan, nos enfrentan, nos hacen ver y sentirnos, vivimos en una repetida y, a la vez, nueva exclamación que nos planta en el centro mismo del asombro.

El poeta nunca sale de su asombro, se interroga, interroga al *otro* que también es él. No titubea al nombrarlo e increparlo, enfrentando así la pluralidad que lo conforma, las voces que pueblan y robustecen su propia voz. Se desdobra para encontrar su centro, va al encuentro de sí mismo. La curiosidad es uno de los rasgos medulares de la poética de Octavio Paz. Esta pasión por el hallazgo no se sacia. Va del *otro* a los *otros*, del presente al pasado, del pasado al plano infinito de la premonición, del augurio; zona sagrada —ésta— donde la sibila responde al desasosiego del poeta, donde el canto es la zarza en llamas, el puente que establece el diálogo, la ofrenda que nunca termina de celebrarse.

Dentro de esta celebración *Salamandra*, *Ladera Este* y, sobre todo, *El mono gramático* son cumbres, poderosos ángulos cuyas áreas abarcan y delimitan geografías inexploradas que nos revelan en una progresiva multiplicación. Paz nos descubre un mundo. La sensualidad de la imagen a través de un inagotable paisaje interior, más el efecto del tiempo que se

detiene y eterniza en el instante mismo de la prueba, producen un espasmo. En ese estadio el juego erótico se sustrae y, al contenerse, arde en la comunión del místico, en la fusión con su divinidad. Nos privilegia en esa contemplación que es compromiso, actividad consciente del hombre con respecto al todo del cual forma parte. El poeta, como Dante el viajero, nos conduce por espacios recién creados, sumados ya a ese mapamundi en el cual ahora —gracias al autor— podemos transitar. Pero a diferencia de Dante, Paz, en *El mono gramático*, privilegia una impresionante y feliz erotización del lenguaje. El canto, en esta obra, exige volúmenes, proporciones corporales. El lenguaje no está al servicio de un discurso, de una intención conceptual. El lenguaje es el canto, la materia celebrada y ofrendada. La altura alcanzada por Paz en *El mono gramático* nos cubre y rebasa. Sin duda estamos ante una de las piezas que definen y subrayan nuestro estar en el mundo. Obra que explota y redefine el fenómeno poético de nuestro tiempo.

La producción poética de Paz brinda al lector y al escucha un registro amplísimo de lo que ha venido a ser la expresión lírica no sólo en Occidente, sino también en Oriente. Su diálogo lo ha llevado a enfrentarse a obras de todos los tiempos. Su relación con ellas ha sido amorosamente combativa. Sus lecturas han producido textos de una belleza que debemos agradecer. En este sentido estamos ante un artista sumamente generoso que nunca ha dejado de abrir puertas, de guiarnos por pasadizos que sólo él atrevió transitar. Paul Valéry escribió que lo moderno se conforma con poco. Paz ha luchado contra esta afirmación que parece no sólo sitiar, sino definir nuestro tiempo. Su obra nace y se sostiene de la inconformidad crítica. La tradición de la ruptura no es solamente un cronómetro que busca medir un fenómeno artístico. En el caso de Octavio Paz ha venido a ser una actitud, un *modus operandi*, una forma de asumirse en un nosotros global. Una voluntad renacentista y, por lo tanto, humanista de ser contemporáneo y protagonista de su tiempo. Su obra nos sitúa y revela en nuestro justo tiempo.